



## **Días de adiós**

Diego LEVIS, 1990

<http://diegolevis.com.ar>

La casa estaba en un calle estrecha, pero arbolada, cercana a la plaza mayor de un pequeño y poco habitado pueblo de la meseta castellana. Era una construcción señorial de estilo barroco de principios de siglo, de cuyo antiguo esplendor la fachada aún conservaba una formidable puerta de roble macizo y la magnífica muestra de forjadura de hierro fundido de las ventanas. Los interiores habían sufrido el implacable deterioro del abandono y la ornamentación original, abigarrada y ostentosa, apenas podía adivinarse en el descascarado dorado de la mampostería del gran salón y en los coloridos vitrales del recibidor, que fue lo primero y finalmente lo único que él restauró cuando se trasladó hacía ya unos años a aquel desvencijado palacete. Herencia de un pariente lejano, hijo de un hermano de la madre de su madre, un indiano que mandó a construir el edificio cuando volvió a su pueblo natal después de hacer fortuna en América .

Ocupar la ruinosa mansión de su antepasado lo convirtió a ojos de sus nuevos convecinos en una persona merecedora de un trato de especial respeto. Durante los primeros meses en el pueblo sus extravagancias fueron consideradas como prueba inapelable de su linaje. Presente en la memoria de sus habitantes los dichos y haceres del excéntrico colono de indias que supo disputarle el poder a los caciques locales, y que con el tiempo alcanzó a ser nombrado alcalde antes de morir. Y que decir de su hijo, de quien sus hazañas mundanas eran todavía motivo de admiración en las tabernas del pueblo..

Pronto él se encargó de defraudar las expectativas de quienes esperaban que con su llegada volvería la ilusión cosmopolita que las suntuosas fiestas del indiano habían llevado antaño a la monótona vida pueblerina. Entre otras cosas porque no tenía los medios económicos para reproducir los fastos de entonces ni tampoco la voluntad de hacerlo. La inicial deferencia fue deviniendo en desconfiada hostilidad cuando él, cansado de representar un papel que no le correspondía y que le aburría profundamente, fue dejando de lado la exquisita y falsa cortesía con la que durante los primeros días correspondía al respeto de los lugareños y empezó a responder con hosquedad los saludos y las atenciones de sus vecinos, rehuendo entablar cualquier conversación ocasional con ellos.

Pese a esto, en un principio se había planteado seriamente la posibilidad de participar activamente en la vida social del pueblo. Llegó a comprometerse para organizar un grupo de teatro infantil, pero finalmente nunca terminó de concretar nada. Lo cierto es que apenas se relacionaba con la gente del pueblo. Salvo en los bailes de la fiesta mayor nunca se lo vió confraternizar con nadie.

Quienes tenían tratos habituales con él afirman que bajo el entoldado se transformaba en otra persona.

La música, las mujeres y el trago hacían de él alguien inesperadamente alegre y comunicativo. Y haciendo honor a su merecida fama de seductor no había año que no saliera del baile del brazo de una moza de buen ver, siendo razón esta que justificaba la inquina que hacia él sentían mozarrones del pueblo, rudos de torpeza grande en los juegos de la seducción.

No tardaron de circular rumores sobre su pasado, y también de la misteriosa naturaleza de sus ocupaciones cotidianas. Sabido es la velocidad con que crece la maledicencia cuando uno vive apartado de la rutina que ocupa a los otros. No es de extrañar entonces que durante el primer año recibiera varias veces la poco agradable, aunque no inesperada, visita de una pareja de números de la Guardia Civil, celosos defensores de la seguridad de todos, quienes sin mandato alguno figoneaban buscando pruebas o indicios de su indudable culpabilidad.

Con el paso del tiempo, todos terminaron por acostumbrarse a su presencia y dejó de ser motivo de inquietud para la Guardia Civil y de conversación para el resto de las gentes del lugar, quienes apenas reparaban en él cuando se lo cruzaban por las calles de del pueblo o en los campos sembrados de trigo, siempre con una cámara de fotos colgada al cuello.

Solamente en vísperas de la fiesta mayor, animadas por grupos de mozos resentidos y celosos, resurgían en los corros las maledicencias con el único fin de predisponer en su contra a las jóvenes de la comarca. A él le hubiese divertido mucho saberlo.

Recordaba bien la extraña sensación que había tenido cuando le comunicaron que había heredado la mansión del indiano, legendaria figura de su familia de cuya existencia real siempre había dudado. Tomó posesión de su propiedad una tarde gris de invierno. Le acompañaba la mujer con quien por entonces convivía y un representante del albacea del testamento.

El edificio estaba casi en ruinas. Nadie, salvo parejas furtivas, había pasado una noche en su interior desde mucho tiempo atrás, posiblemente desde hacía más de diez o quince años. Sin embargo, él decidió de inmediato, durante esa misma primera visita, que se trasladaría a vivir a la abandonada antigua mansión del indiano. Pensó que había llegado el momento de alejarse definitivamente de la atormentante, atormentada vida de la ciudad.

En el camino de vuelta hacia Madrid le trasladó su entusiasmo a su compañera:

- Te imaginas lo que será vivir en una casa así, en medio de ese silencio. Alucinante tía. Me gustaría instalarme lo antes posible..

Ella, a quien ni siquiera se le había cruzado por la cabeza la posibilidad de enterrarse en aquel caserón tenebroso, aislada del mundo, en ese pueblo sórdido, rodeado de trigales y soledad, tan lejos de todos y de todo, intentó disuadirle.

- ¿Te fijaste bien el estado en que está? Pensaste en las pelas que hacen falta sólo para hacerla mínimamente habitable.

- No sé que te metes, tú opinión me importa un rábano. Nunca se me ocurriría llevarte conmigo.- Ella calló - Entiéndeme, es lo que siempre he deseado, un lugar donde poder ser yo, sin ningún tipo de condicionante, libre, totalmente

libre. Sin tenerle que rendir cuentas a nadie, respondiendo solamente ante mí, para mí. Pero que no cunda el pánico, eso no quiere decir que yo vaya a dejarte, podremos seguir viéndonos, no te preocupes

Cuando llegaron a Madrid ella le pidió las llaves del piso en el que vivían.

- Mejor te buscas un lugar para dormir. Mañana me llamas y quedamos para que pases por tus trastos cualquier día de estos. Sabes qué, no me preocupa lo que vayas a hacer, vete tranquilo a encerrarte con tu alma podrida en ese pueblo de mierda, y revienta adentro de tu palacete de risa .

Él intentó disculparse, suavizar el sentido de las palabras que había dicho, mostrarse cariñoso. Ella por un momento se abandonó pasivamente a las caricias y besos de él, pero no tardó en reaccionar.

- Eres un verdadero cabrón, pero ya no me engañas. Dame las llaves de casa ¿vale?. De verdad, prefiero que te vayas- le dijo la mujer profundamente dolida.

A él aquella separación no le afectó demasiado. Nunca había creído en el amor, y si el amor existe, se decía, desde luego ella nunca lo fue para mí.

Las semanas que siguieron hasta su traslado al viejo caserón que había heredado de su pariente, el hijo del indiano, durmió en casa de diferentes amigos quienes lo despidieron con una ruidosa y multitudinaria fiesta. Dejó Madrid una mañana soleada de finales de invierno.

Mientras duraron los iniciales e imprescindibles trabajos de limpieza y mínimo reacondicionamiento de la otrora admirada mansión se alojó en casa del alcalde, que dijo que era gran honor para él y su familia recibir como huésped a un miembro de tan insigne linaje. Palabras graves y solemnes que a él le provocaron risa.

Ocupó esos primeros días en supervisar los trabajos y en fotografiar cada una de las labores de los obreros, cada uno de sus gestos y movimientos. Y aprovechaba las pausas del mediodía y los domingos para recorrer y tomar fotos de todos los rincones del pueblo, buscando descubrir los secretos del lugar adonde había decidido vivir.

Esta afición por captar con su cámara cada paso que daba impresionó sobre manera a sus nuevos convecinos, predispuestos como estaban a brindarle un gran recibimiento y a facilitarle su estancia, en la creencia de que junto al recién llegado pariente del indiano volverían los tiempos recordados en los relatos de los mayores. Por esto es que la rápida interrupción de las labores de refacción provocó cierta decepción entre los lugareños que desde hacía décadas fantaseaban que el viejo palacete, envidia pasada de toda la comarca edificio de tanta pompa y lujo, recuperaría algún día su antiguo esplendor.

Apurado por los costes de los arreglos y empujado por la exagerada cordialidad y las agobiantes atenciones de sus anfitriones, adelantó todo lo que pudo el traslado a su nueva casa. Provisionalmente se acomodó en el gran salón del destartado caserón, al que dividió en dos ambientes con un par de biombos con motivos chinos que había comprado en un mercadillo de oportunidades. En la parte más próxima a la puerta de entrada colocó un desgastado sofá de tres plazas sobre alfombras de lino de colores puros e intensos, unos cuantos almohadones desperdigados por el suelo y un pesado y aburrido aparador estilo años treinta o cuarenta que le había regalado un vecino del pueblo, sobre el que instaló su equipo de música. Del otro lado del biombo,

al fondo del salón, con un gran colchón en suelo y una lamparilla de noche sobre un par de ladrillos improvisó un espacio para dormir.

Algún tiempo más adelante habilitó otras dos habitaciones. La primera como dormitorio y la otra, una pequeña y oscura pieza al lado de la cocina, que otrora debió de utilizarse como despensa, como laboratorio fotográfico. Fue entonces que el salón comenzó a adquirir su aspecto definitivo. El sofá en el centro, sobre las alfombras los almohadones, un teléfono de baquelita negra en un rincón, libros apilados junto a las paredes, un proyector de diapositivas sobre una caja de cartón y una gran pantalla blanca en la pared de encima de la chimenea. Las paredes de los lados, al comienzo pintadas de un blanco de inmaculada pureza, ocupadas hasta quedar completamente cubiertas por fotos clavadas con chinchetas.

Durante años apenas hubo unos pocos cambios en la decoración. Se fueron añadiendo almohadones y libros, compró una lámpara de pie y una mesita para el teléfono, y en los últimos tiempos instaló una cámara de video a un costado de la pantalla, desde donde el campo de visión del objetivo abarcaba la mayor parte del salón. Fue en la misma época en que empezó a reemplazar las fotos de la pared con imágenes de él. Solamente él. Cientos de fotografías repetidas, ampliadas, diseccionadas; de su cara, sin afeitarse, afeitado, con barba, de bebé, de niño, adolescente, joven, envejecido; sonriendo, riendo, llorando, gritando, contento, triste, enojado; de su cuerpo, desnudo, vestido, en vaqueros y de traje y corbata, en invierno, en verano, en la playa, en la nieve, en el campo, en ciudades, en el pueblo, en bares, en la calle, en bicicleta y

caminando, él hasta el infinito, fotos de sus ojos, de sus nariz, de su boca, de perfil, acostado, de pie, sentado, solamente él, solo.

Tras un primer verano de elegido y entusiasta destierro, y un otoño de voluntarista aislamiento, en invierno ya no fue capaz de resistir la lejanía y la soledad y no hubo semana en la cual no pasara al menos tres o cuatro días en Madrid, para cargar las baterías, afirmaba sonriendo con una cerveza en la mano y una mujer joven junto a él, jugando al seductor irresistible. Fueron años en lo que, imperceptiblemente para él, aunque no para los demás, su aspecto fue deteriorándose más allá de los desmanes que causa el transcurso del tiempo.

No fue un envejecimiento prematuro y brutal, pues, a pesar de una primeras arrugas y unas escasas canas, mantenía el mismo aire juvenil que le envidiaban los amigos de su misma edad. No, definitivamente no se trataba de una cuestión de rasgos superficiales. Había algo en él que se había endurecido, tensado, crispado. Había violencia, resentimiento, destrucción, furia, crueldad, desesperación, dolor, tristeza honda.

El se sabía poseedor de un encanto y atractivo que sobrepasaban la armonía de sus facciones y de su físico. No tenía ningún motivo para dudar de ello. Siempre que se proponía enamorar a una mujer lo conseguía, y eso era para él confirmación suficiente de sus encantos. El primer indicio de su deterioro lo tuvo cuando hacía bastantes años que estaba en el pueblo y sus visitas ha Madrid se habían espaciado, acostumbrado ya a la silenciosa tranquilidad de su vida cotidiana y ajeno cada vez más a los modos y formas de los comportamientos y ambiciones de los urbanitas

En una de estas visitas aprovechó para pasar a saludar a una amiga de su edad a quien siempre había deseado y a quien a pesar del transcurrir de los años continuaba deseando; sin tener plena conciencia de ello, es posible, pues de tanto repetir que no comprendía como había hombres que podían sentirse atraídos por mujeres mayores de treinta años había terminado por ocupar su mirada únicamente en jóvenes veinteañeras.

Con su amiga estaba la hija de dieciocho años de un amigo común. Al verla él se sintió profundamente conmocionado. En esa mujer joven de cuerpo acogedor, grandes ojos intensos y mohín de niña se condensaba el significado del deseo, intuyó. Emocionado y dispuesto a hacer que se rindiera a sus encantos, propuso que fueran a comer los tres.

A su amiga le divirtió su entusiasmo de cazador en celo cegado por la excitación. En la mirada de la mujer joven se reflejaba el rechazo que aquel hombre, viejo amigo de su padre, le provocaba. Vayan sin mí, me gustaría acompañaros, pero me espera mi abuela, mintió titubeante, ocultando su mirada asustada en una sonrisa que se quiso cortés y resultó inhibida y que él interpretó turbada, animando su deseo.

El se mostró gentil y solícito en la despedida; convencido que la turbación de ella era señal inequívoca de que había caído rendida ante su irresistible atractivo .

- Es natural....- musitó antes de beber un trago de cerveza.

- ¿ Decías ?

- Nada, nada. Sabes, me gustó mucho la chavala - Su amiga, que no amaba la crueldad a pesar de estar capacitada para practicarla, sonrió asintiendo mientras él le sacaba una foto que ella nunca llegó a ver.

Algunos días después él la llamó por teléfono. Se le notaba ansioso. Quiero pedirte un favor, le dijo, necesito que me des el teléfono de Ana...., ¿no te acuerdas?, Ana, la hija de Paco, desde que nos encontramos el otro día no puedo dejar de pensar en ella, me volvió loco y estoy seguro que a ella le pasa lo mismo. Ahora que lo pienso, lo mejor sería que nos arregles tú una cita, si puedes para hoy mismo, le sugirió imperativamente. Y entonces ella inventó excusas con el fin de evitarle la dureza de la verdad. Pero él insistió. E insistió tanto y con tan poca sutileza que hubo de hacer grandes equilibrios para no caer en la tentación de la crueldad. Hasta que la falta de límites en las exigencias de él y la indelicadeza de ciertos comentarios hicieron estallar su voluntad y con voz enérgica repitió, subrayándolas, las palabras de la hija de su amigo, objeto del dramático deseo de él.

- "Marta, tu amigo me produce repulsión, prefiero no ir a comer con vosotros, discúlpame, pero me da miedo como me mira, es como si llevara el mal adentro". No agrego ni saco una coma, es exactamente lo que me dijo ¿Comprendes? Le diste asco y miedo, por eso se fue aquel día, no tenía ninguna cita con la abuela. Te mintió. Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de ella. Hazme caso, no quiere saber nada de ti.

- ¡Chorradas! La que mientes eres tú porque estás celosa. A la chavala le voy un rato, y no podrás hacer nada para impedir que nos veamos- Aulló él enfurecido.

- No te miento. ¿Porqué lo haría? Si te lo digo es porque te quiero. No me gustaría que te montes una historia que terminará haciéndote daño. Sabes, los años no pasan sólo para mí. Ya no atraes a las jovencitas, un hombre como tú las atemoriza. No están preparadas, entiéndelo - Habló ella con aparente calma y mucha cautela, temiendo la reacción de él.

- ¡¿ Porque no te vas a la mierda tía ?!.- Gritó pronunciando con contundencia cada sílaba antes de colgar el teléfono con rabia.

Él intentó no darle importancia a este incidente, que pretendió imputar a los complejos y manías que atribuía a las mujeres que habían traspasado lo que él describía como la fatídica barrera de la edad de la seducción, que en su opinión las imposibilitaba para los juegos de la atracción y el deseo. Claro está que fue en esa misma época cuando se llevó de casa de sus padres los álbumes de fotografías de su infancia e inició un período de reclusión casi absoluta en su casa de la meseta castellana, ocupado casi exclusivamente en la recopilación y revisión de imágenes de su vida.

Quienes por entonces lo visitaron cuentan que apenas reparaba en su presencia., entregado por completo a rastrear su pasado a través de las fotografías y a beber cerveza. Fotos arrancadas de los álbumes familiares, recortes de revistas de imágenes de hechos y personalidades que dibujaron momentos importantes para él, reproducciones ampliadas de fragmentos de fotos antiguas halladas en cajas de cartón, en baúles polvorientos y en cajones de cómodas olvidadas en un sótano y fotos tomadas por él, viejos documentos caducados. Caras, sonrisas, cuerpos, montañas, amantes anclados para siempre en la memoria, y miradas, enojos, compañeros alegrías, lugares,

momentos oscurecidos por el olvido, extraídos de diarios y revistas, encontrados en fotos amarillentas y arrugadas y en espléndidas fotos recientes. Imágenes todas alteradas por su mirada presente. Las fotos que fueron cubriendo las paredes de su salón.

Cuando al cabo de un tiempo volvió a hacer esporádicas visitas a Madrid. Su aspecto descuidado y sucio impresionó a sus antiguos amigos. Muchos rehuían su compañía inventando excusas banales, incapaces de decirle que les hacía daño en aquel estado de aparente abandono. Otros se sentían incómodos, avergonzados, junto a él. Alguien se atrevió a insinuarle que a no le vendría mal una ducha y él se rió sin terminar de entender porque se lo decía, pues no hacía ni tres días que se había bañado..

En la mirada de quienes habían sido sus amigos pudo haber presentido que algo estaba cambiando en él, que algo había cambiado. Pero sin embargo, no supo a que atribuir el rechazo de ellos. Conoció a otras personas y tuvo relaciones carnales ocasionales con diferentes mujeres jóvenes que encontraba en bares, en el metro, en las estaciones de tren, o en el supermercado. No tengo ningún motivo para preocuparme. Sigo siendo el mismo de siempre, se decía, a veces con más voluntarismo que convencimiento, mientras fotografiaba todo cuanto le ocurría y a todos con quienes intercambiaba alguna palabra, una sonrisa o una mirada.

Nadie supo nunca que hacia con aquellas fotografías, muy pocas de ellas llegaron a ser vistas por alguien. En cambio, las paredes de su casa muestran cientos de autorretratos. Es difícil precisar con exactitud cuando empezó a fotografiarse compulsivamente, porque hay fotos de diferentes épocas, aunque

es posible que haya sido durante los últimos años, desde poco antes de comprar la cámara de video.

Marta, la amiga de su edad, cuenta que después de una temporada muy larga sin saber nada de él, un día se lo encontró casualmente en la calle y que fueron a tomar una cerveza juntos. Que le chocó su aspecto y que se lo dijo y que él le contestó con una vaguedad. Qué se lo notaba alicaído como si hubiera algo que le preocupara mucho, y dice que él antes de despedirse le nombró por única vez a la mujer joven, la hija del amigo común, por cuya causa se habían distanciado. Quizás tengas razón, le comentó él y cuando ella le preguntó de qué, cuenta que él sonrió pero no respondió nada.

Dice su amiga que quedaron para verse semanas más tarde. Estaba mucho más limpio y cuando ella intentó bromear al respecto, él hizo una contundente mueca de desagrado. Pero a pesar de esta reacción, se lo veía de buen humor, incluso parecía entusiasmado, él que tenía una tendencia natural a la displicencia. Fue ese mismo día, recuerda ella, que supo de la existencia de la cámara de video y se sorprendió mucho, porque él siempre había jurado y perjurado que nunca entraría un televisor en su casa. Pero es que no compré una tele, sólo la cámara, se apresuró en aclararle él, y cuando ella, extrañada le preguntó para que podía querer la cámara si no podía ver las imágenes que grababa, él no se molestó en explicarle que también había comprado un monitor.

Sabía muy bien para que había instalado la cámara en el salón de su casa. Quería poder verse con los ojos del otro, tal como los otros lo veían a él. Cuando se reía, cuando se movía, cuando hablaba, cuando miraba; sentado, de

pie, acostado. Una vieja y creciente necesidad que no intentaba explicarse y que la imagen fotográfica, a pesar de lo que él en algún momento había creído, no había sido capaz de satisfacer. En las fotos faltaba algo. El timbre de la voz, el parpadeo de los ojos, el sonido de la risa, el temblor de la piel. El video, le pareció, era la solución ansiada.

Fue un renacer. Durante los primeros diez, quince días vivió en un estado de permanente exaltación. Pero no tardó en empezar a sentirse agobiado por la presencia de ese ojo escrutador que le obligaba a estar continuamente pendiente de sus gestos y sus movimientos. Para colmo el personaje con quien se encontraba en la pantalla no le parecía un fiel reflejo de sí mismo. Había algo artificial en aquellas imágenes. Los gestos resultaban afectados, estudiados, rígidos, faltos de espontaneidad. Algo no funcionaba. El hombre desgastado y duro que surgía de la imagen nítida y brillante de la pantalla electrónica no podía el mismo que veían los ojos de los otros cuando estaban con él. No soy yo... seguro, se decía convencido.

Para cerciorarse de esta certeza invitó a unos conocidos a ver lo que había grabado sin advertirles de que se trataba. Las risas y las chanzas con que recibieron las imágenes le persuadieron de que, efectivamente, no estaba equivocado, pues con él nadie acostumbraba a reírse así.

Genial tío, genial. Estás graciosísimo. Nunca se me hubiera ocurrido. Super natural, sobre todo en la escena del teléfono, oyó decir entre las bromas y las risas a uno de sus convidados, con el asentimiento de los otros que coincidían en el mismo tono laudatorio. Desconcertado, se levantó

compulsivamente y apagó el monitor. Hasta aquí llegamos, ahora ya os podéis ir, dijo secamente.

- ¿¿Qué dices hombre?! Estás de guasa

- De guasa nada. Me gustaría que os marchéis cuanto antes. Perdonadme, no me siento bien. Quedamos para cualquier día de estos ¿vale?

- Claro tío, claro.

- Tú puedes quedarte, le susurró al oído a una de las chicas cuando ella se acercó a despedirse.

- Pues mira por donde yo prefiero abrirme con los demás.

- Quédate, por favor - suplicó en vano él.

Cuando se quedó sólo se puso a llorar desconsoladamente y esa noche se emborrachó mirando una y otra vez la escena del teléfono, intentando reconocerse en la mirada ausente, en la sonrisa helada, en el gesto cínico, en el pesimismo descorazonador, en la tensión agresiva de aquel que aparecía en las imágenes.

Durante las semanas siguientes utilizó la cámara solamente para registrar conversaciones telefónicas, persuadido de que mientras hablaba por teléfono se olvidaba momentáneamente de la mirada celadora del objetivo. Sólo así podía obtener la espontaneidad deseada, era esto, al menos así lo creía, lo que habían sabido ver sus amigos. Una naturalidad de la que necesariamente carecía todo lo que podía grabar teniendo conciencia del acecho inflexible de la cámara.

Pasó horas, días enteros hablando por teléfono. Habló con sus padres y hermanos, con sus tíos, sus abuelos, sus primos y sobrinos, con muchas de sus

antiguas novias y con compañeros de colegio y facultad de los que no sabía nada desde hacía años, con compinches de borracheras y con amantes de una noche que no había vuelto nunca a llamar. Y también llamó a desconocidos marcando números al azar simulando ser quien no era, como en sus juegos de infancia. De día y de noche, sobrio y bebido, grabó en video todas esas conversaciones y casi nunca consiguió reconocerse en las imágenes.

Invitó a aburridas sesiones monotemáticas a amigos y conocidos, y también a una hermana suya, e incluso, superando fuertes reticencias, a muchos de sus convecinos . La maestra, el cura, el farmacéutico, que era a su vez el alcalde, el dueño de la fonda y su señora y un grupo de parroquianos con quienes solía compartir de tanto en tanto una cerveza y también otras personas, como la hija y la esposa del panadero, y la dueña de la tienda de comestibles, vieron los videos en diferentes sesiones, y aunque no todos reaccionaron igual, nadie dudo instante de que el que aparecía en las imágenes era él. Tampoco lo pusieron en cuestión ninguno de sus amigos y conocidos, ni siquiera su hermana, y a él está confusión le divertía mucho, porque sabía perfectamente que el que se veía en los videos hablando por teléfono era otro.

Aquel fue un período de cierto gozo y sosiego. Había conseguido superar la ansiedad con la que había estado buscando su imagen. Despreocupado de la mirada de los otros, volvía a sentirse seguro de sí mismo, volvía al fin a sentirse libre. Posiblemente nunca llegó a entender que si salió provisionalmente del obsesivo y destructor círculo narcisista en el que vivía fue por la coincidente cercanía del amor.

Escéptico y cínico descreído, proclamaba con vehemencia risible ante su amada, una madrileña de mirada cándida y belleza inaudita aunque un tanto vulgar, que lo realmente trascendente era el deseo carnal, que el amor era una ilusión absurda. Ella, dolida por estas palabras y estas ideas, se sentía confusa y humillada en las caricias de él, en quien había ansiado encontrar el amor puro de sus sueños románticos y no la desagradable compulsión sexual de los jóvenes de su edad. Él, incapaz de vislumbrar lo que estaba en juego, no supo salir del estereotipo que había creado.

Así siguieron hasta que ella, rendida por la decepción, una tarde, justo después de un rutinario y aburrido acto sexual, desnudos aún los dos, le dijo con rabia que estaba harta de él y de sus historias. Sus palabras exactas fueron: Sabés una cosa, esto se acabo, estoy hasta las narices de tus rollos. Si tanto pavor te dan las mujeres, porque no te dejas de joder y te buscas un tío de una buena vez.

Fue un golpe que no supo encajar. Nadie nunca le había insinuado nada semejante. Se quedó mirándola en silencio mientras ella se vestía sollozando. No hizo nada para retenerla, ni siquiera una sonrisa de ternura. Terminaban seis meses en los que rozó la alegría. No volvió a verla. Fue el inicio de su caída definitiva.

Despojado de la armadura de suficiencia, pedantería e indolencia con la que se protegía del dolor debió enfrentarse al sufrimiento por la pérdida de la mujer amada sin armas ni defensas. Esto lo llevó hacia la vorágine de la destrucción.

Sin embargo aquella noche en que ella lo dejó, sostenido por su ilimitada soberbia, la lastimosa arrogancia con la que se pretendía ajeno a los sentimientos, fue su orgullo de seductor y amante irresistible el que había sido atacado y herido sin ningún motivo, pues él recordaba a la perfección que desde un primer momento le había hablado claro. Lo único que espero de ti, y tú debes esperar de mí, es sexo, le dijo antes de llevársela a la cama. Después no me vengas con historias, había añadido impasible. De todo esto se acordaba.

Siempre están con lo mismo las mujeres. Amor, y ni saben de lo que hablan. No sé porque me preocupo tanto por la chavala, si al fin y al cabo da igual una que otra, se repetía machaconamente los días que siguieron; sin saber que se estaba mintiendo y que el dolor empezaba a corroer su ser, superponiéndose a otras mentiras, otros desamores, otras mujeres, otras decepciones, otras soledades, otros tiempos, cercano el momento del definitivo regreso al vacío.

Antes de volver a su casa permaneció en Madrid entre los pocos amigos que le quedaban, aprovechando para estar con sus padres y con sus hermanos, envuelto en una suave melancolía que buscaba esconder inútilmente detrás de una alegría desenfadada y artificial. Fueron muy pocos, quizás nadie, quienes percibieron la desesperación, el desasosiego de su mirada tensa y asustada, quienes pudieron comprender que aquellos eran días de adiós.

Cuentan las gentes del pueblo que cuando lo encontraron estaba desnudo y aullaba como un lobo, arrodillado frente a la pantalla del monitor que mostraba imágenes de él riendo mientras hablaba por teléfono. Dicen quienes lo vieron que se había afeitado la cabeza y que sangraba ligeramente de un corte

Diego LEVIS (c)1990/2007 - <http://diegolevis.com.ar>

superficial que se había hecho con la cuchilla de afeitar. Que estaba muy delgado y muy pálido, que la casa parecía un basural, que el suelo del salón estaba cubierto de latas de cerveza, de colillas, restos de comida, trozos de fotos y cintas de video y que olía peor que dentro de una cuadra. Repiten que su madre lloró mucho cuando se lo llevaban y también lloraron su padre y su hermana y que él no hizo gesto alguno de notar la presencia de nadie y que antes de salir dirigió una mirada de súplica hacia la cámara de video.

**“Días de Adíos” – Diego Levis, Barcelona 1990**